

PAPPEL

UN MACHISTA ARREPENTIDO

“TRATABA A
LAS MUJERES
COMO LA MIERDA.
TENÍA QUE
DOMINAR SIEMPRE”

Tras ser condenado por coacciones y reconocer su pasado machista, David (nombre ficticio) se dedica ahora a ayudar a otros que, como él antes, no entienden que el machismo no es un rasgo de carácter, sino un delito y la condición de posibilidad de una sociedad injusta

Por *Quico Alsedo* (Madrid)
Fotografía *Sergio Enríquez-Nistal*



PAPEL EN PORTADA

Por **Quico Alsedo** (Madrid)
Fotografía de **Sergio Enríquez-Nistal**

Para mí una mujer era un trozo de carne. Yo me creía el macho alfa. Me contestaba una chica en una red social y, fuera guapa o fuera fea, tenía que ser para mí. Porque yo soy tal, soy cual: soy grande, soy llamativo. Si me contestaban, yo ya me creía con el derecho de que fueran mías. Si me has escrito es porque te gusto. Y si te gusto, me tienes que complacer, punto».

Aquí, sentados en este restaurante de carretera de un pueblecito de Cáceres, David no parece Brad Pitt, pero quizá sus 1,85 metros de altura, sus manos de leñador y su rostro rudo podrían, como él asegura, haber causado estragos en su momento en las aplicaciones de búsqueda de pareja y, denomina él, «folleteo». Algo tendría el agua cuando la bendecían: «Yo llegué a tener 20 conversaciones a la vez con otras tantas chicas. Acababa de separarme, tenía 35 años y me hice perfiles en todas las redes sociales habidas y por haber. Cada vez que una tía me hacía algún caso no paraba hasta que me la trincaba. Luego, si te he visto no me acuerdo: la bloqueaba y a por otra. Lo que hacía era completamente tóxico, usaba a las personas, pero no se me ocurría pensar que hubiera alguien al otro lado».

Pero, ¿era para tanto?, le inquirimos. «¿Lo del folleteo? No te puedes imaginar. Está lleno de treintañeras separadas que han estado siempre con el mismo, y que al dejarlo se despendolan. Yo tenía que ponerles en la agenda sobrenombres, porque si no, no las identificaba: 'María la que gime', o 'María la que enseña'. Pensaba que yo lo valía todo. Hasta que di con una tan tóxica como yo. Y entonces...». Y entonces David, hoy 43 años, acabó, hace tres, una noche entre rejas. «Con esta chica no era normal. Lo dejábamos y volvíamos, había un rollo muy posesivo y muy sexual. Un día, cuando ya no estábamos juntos, me escribió pidiéndome una foto íntima. Le dije que no y le mandé un pantallazo a la chica con la que estaba en ese momento. Resulta que se conocían, y la segunda le echó en cara a la otra que me estuviera provocando por el móvil. Le preguntó a mi chica: '¿Y tú cómo sabes que le estoy escribiendo?'. Y esta le mandó el pantallazo».

David, el *supermán* de Tinder, resultó condenado a año y siete meses de prisión por un delito incardinado en la violencia de género: revelación de secretos para hacer escarnio de una mujer. Pero ni aún así cayó del caballo. «Al no llegar la pena a dos años no entré en prisión, pero me obligaron a hacer un curso para agresores de género. Y llegué de machito, pensando que qué coño hacía yo allí, que si acaso tendría que hacer uno de informática...».

“Vivir como yo vivía con respecto a la mujer era como beber, drogarte o meterte cocaína: no podías parar”

“Hablaba con tantas a la vez que tenía que apuntarme lo que les decía para que no me pillaran las mentiras”

Hoy, 44 sesiones más tarde, David sigue siendo el maromo de antes, un *troncho* de pelo hirsuto y torso de armario. Pero dice: «No tenía ni idea de quién era yo. Trataba a las mujeres como la mierda. Tenía que dominar siempre. Si yo quería follar, había que follar. Y si ella, la que fuera, no quería, es que no era para mí, y me enfadaba. El ego me perdía, me decía: 'Vas a tener todo lo que quieras'. Les decía a mis colegas: '¿Ves a ésa? En una semana me la follo'. Me acercaba, le prometía lo



que fuera, la engañaba con cualquier gilipollez y en cuanto la conseguía la bloqueaba. Y a por otra».

Pero es que David ha ido más allá: hoy, él mismo ayuda en las sesiones de reeducación para agresores de género que la ONG Con Un Pie Fuera (Cupif) realiza en Cáceres. «No te puedes imaginar las cosas que suceden en estas sesiones», cuenta Susana Díaz, la psicóloga peruana que dirige la ONG desde hace 28 años. Y expone como prueba el caso de David: «Muchos estos hombres no tienen

en el castigo que en la reinserción. «Y mucho más si se trata de agresores de género», dice David.

Susana: «Llevamos años peleando por esta gente, y lo cierto es que apenas hay recursos públicos para ellos... Pero la realidad es que van a salir de nuevo a la calle después de cumplir su castigo, y no deben salir igual». Y vuelve a Concepción Arenal: «En Cupif tratamos a personas, no a delincuentes. Nos importa la persona, no la pena».

David: «La verdad es que lo que he vivido me ha cambiado mucho, pero yo sé que puedo cambiar mucho más, por eso sigo en los cursos. El otro día me presentó: 'Me llamo David y esta es mi sesión número 44'. Hubo uno que dijo: 'Pues ya te vale' Y contesté: 'Pues sí, me vale, y no sabes cuánto'. Vivir como yo vivía con respecto a la mujer era como beber o meterte cocaína: no podías parar. Los colegas me decían: 'Pero para qué te vas a Córdoba a quedar con una tía, si aquí tienes putas por 100 euros'. Pero para mí era el reto, mi ego, eso lo llenaba todo».

La relación de David con las mujeres siempre había sido «normal». «Ésa es la verdad: yo desde chaval siempre había hecho vida en pareja, siendo fiel y leal... Pero todo cambió cuando me separé, con *treintaypocos*». ¿Qué sucedió

Imagen del machista 'rehabilitado' que ayuda ahora a otros a caminar hacia la sensatez y la legalidad.

ahí? «Mi hijo tenía tres años cuando nos separamos. Ella sufrió depresión postparto y nos cogió asco tanto al crío como a mí, desapareció totalmente. A veces le pegaba a él, incluso. Aquello se había vuelto invivible».

David, encargado en una frutería desde hace 19 años —«estudié hasta BUP»—, procedió a hacerse perfiles en todas las redes sociales: «Badoo, Lovoo, Tinder, Jaumo, Lovely...». Y las mujeres comenzaron a aparecer: «Hablaba con tantas que tenía que apuntarme lo que les decía para que no me pillaran las mentiras. Es que el sábado voy a Madrid. ¿Pero no decías que ibas a Cáceres?». Me volví loco».

«Aquello era como pasar de tener un Mercedes antiguo a poder elegir todos los días entre un Porsche, un Ferrari, un Lamborghini... En vez de ir tranquilito a 120 con tu coche de siempre, nada, un lío cada día. Me ha pasado que mujeres me escribían: 'Vamos a quedar en no sé qué gasolinera, lo hacemos en el baño y mi marido me espera en el coche'. Y lo hacíamos. La gente está muy loca».

Hasta el día en que recibió el Whatsapp de aquella pareja «de ida y vuelta». «Para que te hagas una idea de lo tóxica y posesiva que era mi actitud, cuando yo volvía con ella le decía: '¿Tú te

acuerdas de tu amiga María? Pues ayer mismo estuve con ella. Y ella se enfadaba y se iba. Jugábamos al gato y al ratón». ¿Qué ponía el mensaje? «Ella me pedía una foto de mi miembro. Y yo le dije: '¿Y esto?'. 'Porque soy tu zorra'. Le contesté: 'Pues no me gusta, y se lo mandé a la chica con la que estaba, en plan 'mira a esta'».

La Guardia Civil apareció por su casa días después. «Pensaba que me había denunciado la madre de mi hijo, pero cuando me cuentan lo de la revelación de secretos me quedé a cuadros. 'Lo siento, pero te tenemos que engrilletar, es la norma. La juez te va a echar una bronca, te pondrán una orden de alejamiento y va a quedar todo ahí', me dijeron».

David —el nombre es ficticio, al igual que algún dato concreto de su relato— pasó la noche en el calabozo y al día siguiente se celebró el juicio rápido. «El abogado, de oficio, me dijo que me pedía cuatro años, pero que si lo aceptaba todo lo dejaban en año y siete meses y no entraba en prisión». ¿Qué era todo? «Coacciones y amenazas. Me dijo: 'Tú di a todo que sí. Admití haber hecho un montón de cosas que no había hecho. A todo

“Mujeres me escribían: ‘Vamos a quedar en una gasolinera, lo hacemos en el baño y mi marido espera en el coche’”

“Los hombres y las mujeres somos diferentes, pero tenemos que ser capaces de ponernos en el lugar del otro”

dije que sí. Me condenaron y para casa, pero yo aún no tenía ni idea de nada. Para mí, todo estaba bien».

Llegó a Cupif, al curso. «Y me dije: 'Pero qué hago yo aquí, si ese tío apuñaló a su mujer y ese otro le dio a la suya una paliza'. Pero al final, después de los 10 meses de curso, todos, los 12 que íbamos, admitimos nuestra culpa. Todos. Los que habían cometido delitos más duros, y los que como yo igual no habíamos llegado tan lejos, pero partíamos de la idea de que una mujer es un objeto que está ahí para nuestro disfrute, y punto».

Este diario ha asistido a algunas de estas terapias, que son puro autoconocimiento y uso del *efecto espejo*: «Viendo lo que han hecho otros, ellos se sitúan», explica Susana Díaz, que lucha centímetro a centímetro para desinhibir a estos hombres. «Empezamos siempre», cuenta David, «con la palabra inicial: un papel en el que escribimos cómo llegamos a la sesión, y terminamos con la palabra final, donde explicamos con qué sensaciones nos vamos».

Entre medias, una especie de método mayéutico va dando vuelta a estos hombres como si de calcetines se tratara. Se usa por ejemplo la música como vehículo de sentimientos. David: «Yo cogía alguna canción de Amaral, o alguna de Fito, y primero pensaba en qué me sugería: nostalgia, esperanza... De ahí, iban saliendo las cosas. Es un proceso increíble, la verdad».

Su cambio fue tal que Susana le pidió primero que se encargara de Juan, un hombre de 55 años que acudió a la ONG tras ser apartado por su familia: «Engañó a su mujer y le echaron de casa. Sus hijos no le hablan. Se siente muy culpable, está completamente solo y, aunque no le han condenado a nada, necesita ayuda». David le llama cada día, le escribe, está pendiente de él, se siente también útil: «No nos fijamos en las cosas que tenemos, es importante partir de ellas». Pero, sobre todo, ha pasado a ser una especie de 'terapeuta emboscado' por la ONG en el curso de este año: «Voy guiando a los chicos, les hago ver lo que puede venir después, les enseño el camino».

La sensación que domina en David sobre su propio proceso es la sorpresa: «Nunca imaginé que esto me iba a pasar, que yo era así. Los hombres y las mujeres somos diferentes, eso es verdad, pero tenemos que ser capaces de ponernos en el lugar del otro. No es tan difícil». Medita medio segundo: «Lo que pasa es que no nos conocemos. La mayor parte de las veces no sabemos quiénes somos».

FRANÇOISE HARDY PIDE A MACRON UNA MUERTE DIGNA Y “LEGAL”

Polémica. La cantante francesa e icono inmortal de los años 60 solicita la eutanasia para acabar con “el infierno” que vive por culpa del cáncer cuando se encuentra a punto de cumplir los 80 años

Por Raquel Villaécija (París)

Está a punto de cumplir los 80 años, ha sido, junto con Brigitte Bardot o Jane Birkin, uno de los grandes iconos de los años 60 en Francia y una de las cantantes más célebres dentro y fuera del país. Lleva varios viviendo «una pesadilla» de la que, asegura, quiere salir «lo antes posible y rápido». Françoise Hardy (París, 1944), que padece un cáncer de faringe, ha pedido que se le facilite la eutanasia, que de momento no está regulada en Francia.

Este mismo domingo, se dirigía al presidente francés, Emmanuel Macron, en una tribuna en la prensa en la que pedía que se regularice la ayuda para morir dignamente. La carta se publicó en el periódico *La Tribune du Dimanche*: «Querido Emmanuel Macron», arranca la misiva en la que la cantante pone como ejemplo la situación que vivió su madre, que padecía la enfermedad de Charcot, y a la que los médicos, con la complicidad de la propia Hardy, le facilitaron el tramo final de una vida entonces insufrible.

«Ella le confió a su médico su aspiración de no sufrir esta horrible enfermedad. Él le dijo que no se preocupara y que, cuando ella quisiera, él haría lo que fuera necesario», relata con detalle. «Gracias a dos médicos valientes y comprensivos, mi madre no tuvo que llegar hasta el final de una enfermedad incurable e insoportable», sigue en la carta dirigida al presidente.

«Usted lo sabe, que hay una gran mayoría de gente que quiere la legalización de la eutanasia», le interpela. A la máxima autoridad

de la República, Emmanuel Macron, le pide que «tenga empatía» y que permita «a los franceses que están muy enfermos y que ya no tienen esperanza para su sufrimiento cuando saben que ya no hay ningún alivio posible».

No es la primera vez que la cantante gala se pronuncia sobre este debate. En el año 2021 ya pidió que se legalizara la eutanasia para acabar con «el infierno» que vivía desde hace años. El cáncer de faringe se le diagnosticó en 2018. Ya entonces contaba, en otra entrevista, los problemas que tenía derivados de la radioterapia y las dificultades para respirar.



Una imagen de archivo de la cantante Françoise Hardy.

COLLECTION CHRISTOPHEL / AFP

Esta misma semana ha vuelto a detallar de forma precisa la agonía de su día a día en una entrevista a la revista *Paris Match*. «La enfermedad destruye la mente. La edad ayuda, pero la radioterapia impacta en la cabeza, como es el caso de las 55 radioterapias que he pasado.

Perdemos poco a poco la memoria y la falta de equilibrio reduce gravemente las posibilidades de moverte», explica en esta publicación.

Hardy ha expresado explícitamente que quiere que su vida acabe «sin tener que pasar grandes pruebas, como la imposibilidad de respirar». El actor Alain Delon, que tiene 86 años y cuyo estado de salud se ha deteriorado mucho, también abordó este tema hace un año. El mítico intérprete vive en Suiza, donde la eutanasia sí es legal y hasta la prensa llegó a publicar su muerte inminente. «Yo no tengo miedo de morir, tengo miedo de sufrir», se expresó entonces.

Francia tiene previsto examinar una ley sobre el fin de la vida el próximo año, aunque el debate lleva lustros abierto. Ya en 2021 la Asamblea rechazó un proyecto de ley para legalizar la eutanasia. El texto que prepara el Gobierno ahora contiene varias partes: una sobre cuidados paliativos, otra sobre el derecho del paciente y una parte más relativa a la ayuda a morir. La ministra encargada de la organización territorial y de los profesionales de la salud, Agnès Firmin le Bodo, señaló ayer mismo que Macron ya inició el debate de este tema y desea que este proyecto de ley se debata este año que empieza en dos semanas.

Françoise Hardy es una de las figuras más icónicas de la canción francesa. Tiene una treintena de discos, ha sido musa y artista. Posó para diseñadores como Yves Saint Laurent o Paco Rabanne, ha sido retratada por fotógrafos de la talla de William Klein y Richard Avedon. Bob Dylan, Manuel Vázquez Montalbán o Jacques Prévert le dedicaron poemas y versos y en su haber cuanta con una decena de películas.

Tras un silencio de seis años, y después de superar un cáncer muy agresivo, la autora de *Tous les garçons et les filles* (que dio nombre a su primer disco) estrenó su último trabajo en 2018. Tenía entonces 74 años. Se titulaba *Personne*

d'autre (Nadie más). Respecto a aquel momento, su hijo, Thomas Dutronc, ha recordado estos días: «Su vida se ha convertido en algo tan doloroso y tan triste que a veces nos preguntamos si no habría sido mejor dejarla ir cuando rozó la muerte hace ocho años».